

HISTORIAS DE VIDA Y COTIDIANIDAD DE MUJERES AFRODESCENDIENTES EN EL ÁMBITO DEL DESTIERRO

Patricia Quintero Barrera¹

Introducción

Este ensayo surge de una etnografía sobre la cotidianidad de dos mujeres afrochocoanas relacionada con la movilidad territorial que llevaron a cabo desde el litoral Pacífico hacia la ciudad de Bogotá y el municipio de Soacha. Así, el objetivo es enlazar sus recuerdos y vivencias relacionados con el desplazamiento, a partir de los testimonios almacenados en sus memorias, que regresaron al presente y recuperaron vigencia a través del ejercicio introspectivo de seleccionar circunstancias ya vividas para reconstruir hechos y poderlos contar. Indagué sobre sus lugares de permanencia, aquellas situaciones que les habían resultado determinantes en sus historias para desplazarse de un lugar a otro y las razones que las inspiraron en la toma de decisiones en momentos coyunturales de sus vidas. Aunque, no pretendo presentar un reporte biográfico sobre casos singulares, sí considero relevante partir del detalle de proyectos de vida de individuos que pueden verse como una proyección de situaciones macrosociales, partiendo de la premisa de que sus historias dan cuenta de cómo los afrodescendientes han sido colocados en el escenario de la guerra en Colombia, obligando a muchos a huir hacia ciudades desconocidas.

En cuanto a la metodología, este trabajo es producto de las entrevistas a profundidad que realicé en Soacha (Cundinamarca), en las cuales recalqué las mismas preguntas para constatar la información que las entrevistadas me suministraban. En algunos casos traté los temas con parientes, como el esposo, hijos o nietos, con el propósito de acercarme a las personas que habitan en Soacha con el propósito de conocerlas y poder comprender de alguna manera sus vivencias en la adaptación al nuevo ámbito. De mis sondeos preliminares, logré establecer empatía con doña Candelaria Mosquera² y doña Lucela Córdoba, de quienes presento aquí algunos relatos.

Con respecto al papel que desempeña la mujer en la familia, Fernando Urrea en la investigación que realizó en la ciudad de Cali (Valle) sobre redes de familias migrantes, plantea que la presencia de *figuras eje* “hacen el papel de bisagras en la articulación de las unidades domésticas” (Urrea 1999: 185). Las cuales constituyen hogares cuyos miembros se identifican como pertenecientes a un orden de

¹ .Antropóloga. Universidad Nacional. rpquintero@hotmail.com

² Los nombres de las dos señoras que aparecen en el relato son ficticios.

parentesco³ común. Por su parte, la red familiar está conformada por varios hogares o unidades domésticas que comparten filiaciones consanguíneas o de afinidad. Mi intención de traer a colación las anteriores definiciones, radica en plantear que las circunstancias de movilidad vividas por doña Candelaria y doña Lucela arrastran a sus parientes hacia escenarios que los reciben con geografías, culturas y modos de producción distintos de aquellos que han conocido.

El análisis conceptual parte de la noción de “coger camino”, entendida como la explica Jaime Arocha: “el ideal de gente entre cuyos planes de vida siempre figura recorrer rutas y senderos, puertos y ciudades”. De esta manera, el plan de vida de recorrer rutas y senderos es evidente cuando doña Candelaria manifiesta que “no puede quedarse quieta”, que desde pequeña comenzó a andar el litoral, asentándose temporalmente en las vertientes del río Chocó para trabajar en minería y tener a sus hijos. Es decir que nos hallamos ante personas habituadas al cambio cultural y que de diferentes modos enfrentan el destierro: mientras algunas prefieren asentarse definitivamente o durante un tiempo prolongado en la capital, otras personas perfilan sus esfuerzos para regresar al Chocó. A continuación presento algunas narraciones de las mujeres afrodescendientes que actúan como *figuras eje* de dos familias extensas que tomé como punto de partida para abordar las trayectorias de migración.

Doña Lucela Córdoba

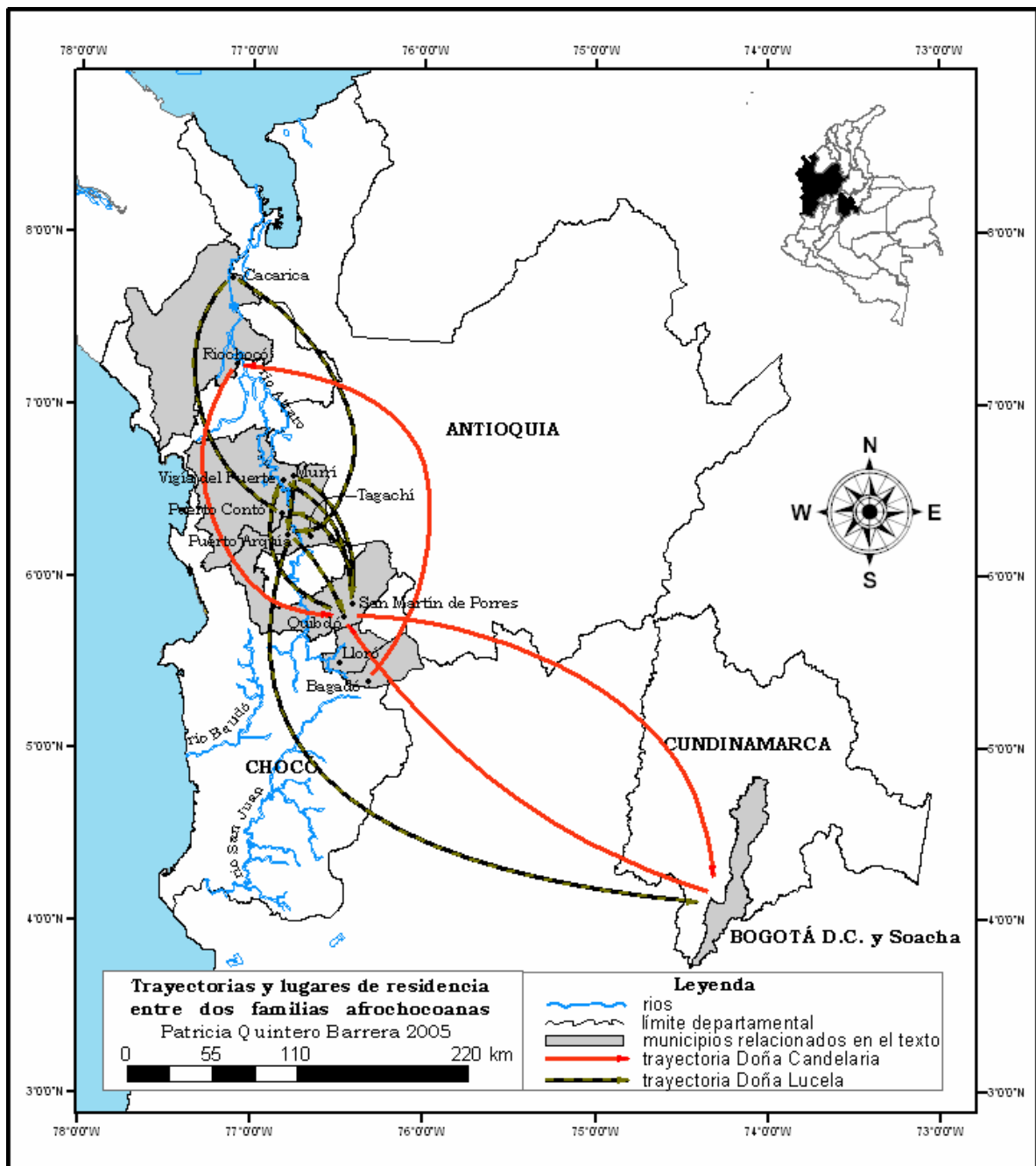
Doña Lucela Córdoba es una mujer de un metro y medio de estatura, delgada, de ojos oscuros. Lleva su cabello siempre peinado con unas trenzas apretadas llamadas *tropas* que le hacen entre su hija y su nieta. Otrora en los tiempos de la esclavización, las tropas funcionaban como una “cartografía del cimarronaje, inscrita en las cabezas de las niñas, cuyas frentes representaban los lugares de reunión de la comunidad” (Arocha 2004a: 25-26). Doña Lucela luce muy arreglada y da a suponer que en sus años mozos debió sobresalir por su belleza. Sobre todo, al escucharla cuando se pasea por sus memorias del río Atrato, mientras “cogía” a los hombres que fueron sus compañeros y algunos padres de sus hijos. Nació en San Martín de Porres (Véase Mapa) a unos 3.7 kilómetros del río Atrato, arriba de Vigía del Fuerte hace 68 años.

Doña Lucela no conoció a su madre, quien falleció siendo ella muy pequeña. La criaron entre su padre, su abuela materna y una tía. Esta situación la llevó a moverse entre la finca paterna del río Murrí afluente del Atrato y la casa de su abuela.

³ El parentesco es asumido como “el sentido de pertenencia a un grupo de origen, según las

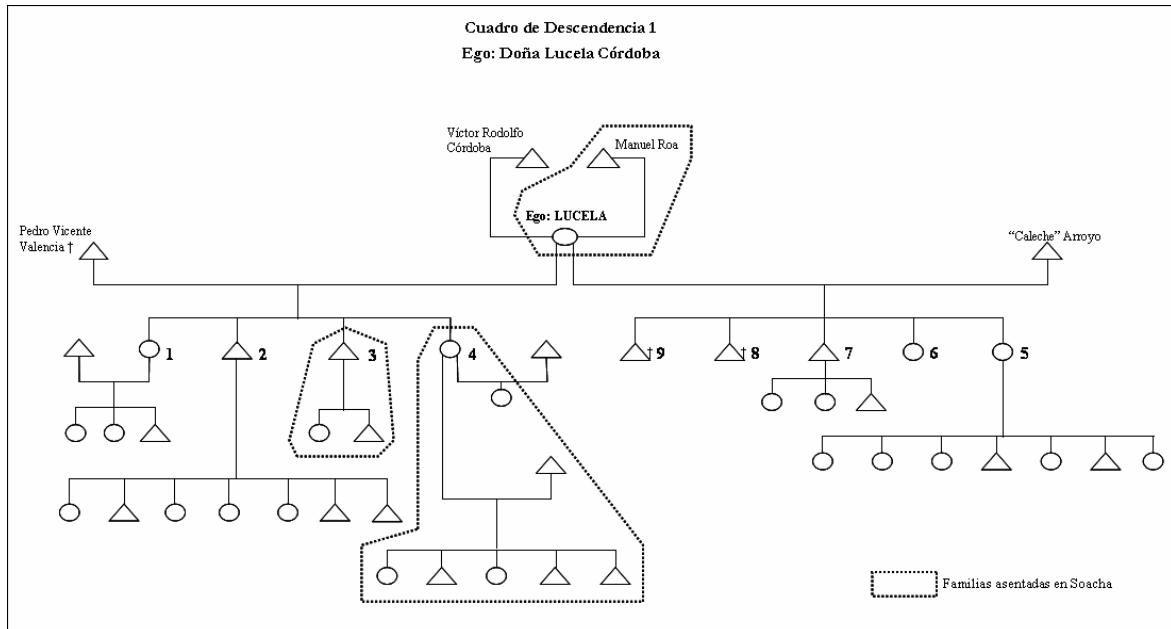
Durante su juventud lavó oro en Arquía, la tierra donde encontró a don Manuel Roa, quien al cabo de muchos años sería su último y actual compañero. Más adelante viajó a Quibdó, en donde administró una tienda y a la vez trabajó en agricultura sembrando maíz, arroz y plátano. Al contar esto, recuerda con nostalgia la fecundidad de las tierras chocoanas, y extraña el plátano verde “que aquí no es el mismo y es muy caro”. Recuerda la manera como trabajaban durante todo el día en las colineras chocoanas “grandísimas”, sembrando diferentes variedades de plátano, para luego mediante el sistema de mano cambiada, quienes se habían beneficiado del trabajo de sus vecinos y compadres quedaban en el compromiso de devolverlo cuando estos lo necesitaran. Podían hacer hasta tres rozas en una jornada, mientras que unas ocho mujeres cocinaban para atender a los agricultores. El arroz lo cortaban entre hombres y mujeres. En este aparte, ella muy divertida contó que cuando dos mujeres decidían trabajar juntas, “se casaban”: una se dedicaba a “macanar”, que quiere decir, abrir un hueco con un palo de macana, y la otra procedía a echar al hoyo la semilla de arroz, aunque también podían sembrar una plántula. Ella era buena para la “tonga”, o sea para “ganar mujeres” y sembrar: “me las ganaba porque las hacía reír, bailando y cantando”.

En Vigía del Fuerte, San Martín de Porres, Puerto Contó y de nuevo San Martín de Porres, tuvo a sus cuatro primeros hijos (Véase cuadro de descendencia 1, números 1, 2, 3 y 4). Durante esos años convivió con don Pedro Vicente Valencia, hasta su muerte, cuando decidió “abrirse camino”.



Nota: En este mapa aparecen dibujadas las trayectorias de movilidad de las señoras Candelaria y Lucela, primero en el litoral Pacífico y luego hacia la ciudad de Bogotá. A manera de análisis es interesante observar la cercanía a los ríos de los lugares por los cuales ellas se desarrollaron; así como la relación entre las actividades laborales de minería y agricultura con sus vidas familiares. Fue elaborado usando las coberturas de departamentos y municipios de Colombia, escala 1:1000000 (IGAC, 1998), y el resultado se encuentra a escala 1:3500000. La información geográfica suministrada por Doña Lucela y Doña Candelaria se procesó usando el gacetero geográfico de NIMA (2005) para Colombia, el diccionario geográfico de Colombia (IGAC 1996), y la aplicación cartográfica de la enciclopedia Encarta 2005, para ubicar todos los puntos

referidos a lo largo del texto. Elaborado con la colaboración del ecólogo Andrés José Vivas, investigador del Instituto Alexander Von Humboldt.

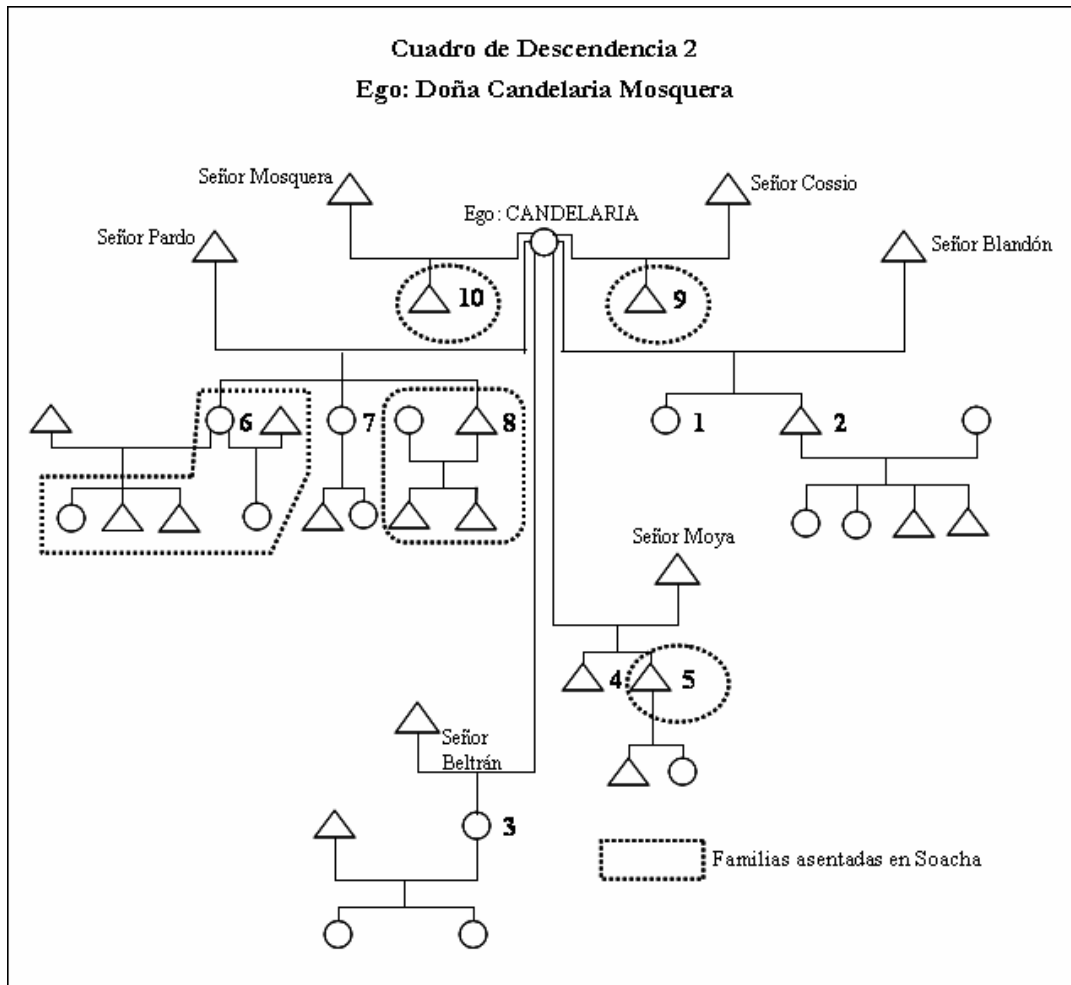


De nuevo, en San Martín de Porres y con su quinta hija, (5) nacida en Cacarica, arrancó a andar a la tierra de su segundo esposo, don Caleche Arroyo. De esta unión, nacieron cuatro hijos más en Tagachí (6, 7, 8 y 9). Con el alumbramiento del último también llegó a su vida don Manuel y se fueron a vivir juntos hace 26 años. Vivieron largos años en Arquía hasta que la situación se complicó a causa del enfrentamiento armado en el litoral Pacífico. Al salir de allí hace nueve años, doña Lucela llevaba un balde metido en un costal, y guardó unos pocillos de plástico que aún forman parte de la dotación de su cocina. Llegaron a Bogotá y durante cinco años deambularon por varios lugares como el barrio Britalia, en la casa de una hija de don Manuel, también por el Class Roma y Usme. En la casa de El Arroyo en Soacha van para “siete diciembre”. Lo tomaron en arriendo a una señora, quien con el tiempo perdió contacto con ellos, por lo cual la Junta de Acción Comunal del barrio ya les entregó el documento en donde consta que ellos son los dueños de ese predio. Así, don Manuel se decidió a mejorar la casa con materiales para construcción que recogieron de obras en la ciudad y que distintas personas les donaron.

Doña Candelaria Mosquera

Doña Candelaria Mosquera Salazar, nació en Bagadó en 1945, en tierras chocoanas localizadas “pa’rriba del río Andágueda”, bordeadas a la derecha por el Atrato, en el municipio de Lloró. Es delgada, de un metro y medio de estatura, afable en su trato, le gusta lucir arreglada y atender con esmero a sus visitas. Lee sobre política y literatura, inquietudes que transmitió a sus hijos, especialmente a los tres últimos, quienes se desempeñan como maestros de una escuela en el barrio Luis Carlos Galán de Soacha.

Salió de Bagadó debido a la violencia y comenzó “a coger camino” para instalarse con su descendencia en Quibdó, tuvo tierras que ya perdió, pues fueron usurpadas por los grupos armados. Su primer esposo fue el señor Blandón en Bagadó, con quien tuvo dos hijos (Véase cuadro de descendencia 2, números 1 y 2). Su tercera hija nació en el río Chocó y fue concebida con el señor Beltrán (Véase cuadro de descendencia 2, número 3). Luego conoció al señor Moya y nacieron dos varones en Quibdo (4 y 5). Al paso del tiempo en el mismo lugar, tuvo a sus tres siguientes hijos con el señor Pardo (6, 7 y 8) y por último concibió a los dos menores con los señores Cossio y Mosquera, respectivamente (9 y 10). Doña Candelaria cuenta con tristeza que desconoce el paradero de sus dos hijos mayores. Sin embargo, recuerda que una de sus hijas (número 2) trabajó de empleada doméstica interna en una casa de familia en Bogotá, sostuvo amores con el hijo de la patrona, quedó embarazada y al dar a luz, la echaron de la casa impidiéndole llevarse al niño.



Cerca de Quibdó doña Candelaria tiene una finca llamada “La Amistad”, que debe su nombre a la relación que entabló con el hombre que se la regaló a cambio de la ayuda que ella le prestó para sembrar ñame. En Quibdó tiene un “ranchito de material y puerta, es de madera fina” en el barrio Minuto de Dios. Allí viven dos hijos y dos nietos, quienes han cultivado yuca, maíz, plátano y chontaduro, entre otros productos. Cuando doña Candelaria se encuentra en el Pacífico, pernocta en Quibdó, y temprano se va caminando hacia “La Amistad”, donde cuida sus sembrados de borjón, aguacate, chontaduro, coco, carambolo, guanábana, limones, caimito y anón. Asegura que le “gusta su monte”, porque no puede estarse inactiva y además sigue las recomendaciones del médico, quien le aconsejó caminar para regular su hipertensión.

Durante casi toda su vida productiva, doña Candelaria trabajó en minería. También se dedicó a la agricultura y a bajar las maderas por el curso de los ríos, que los hombres cortaban a hachazos en los montes. En otras ocasiones acompañó a cuadrillas o grupos de cortadores de madera. La minería le pareció “muy dura, porque estaba todo el día mojada”. Comentó que en su época quien quisiera podía dedicarse a este oficio, ya que no existían prohibiciones. Pero ahora a causa del

conflicto armado y las retroexcavadoras “ya no queda oro”. Ella contó que al iniciar alguna explotación aurífera, miraban el terreno para verificar si valía la pena abrir el hueco hasta la peña y acto seguido se dedicaban a lavar utilizando una batea de “palo de bambas, carrá o lirio”, tallada hasta que quedara en forma redondeada, y luego la “ahondaban para ponerla delgada y que no quedara pesada”. A medida que iban sacando tierra la echaban en la batea con la mano para separar la *grosa* o piedra grande y “comenzaban a darle vueltas”: “si hay oro queda allí”. El agua que salía, contenía la *jagua*⁴ sin valor monetario, pero sí “muy útil para estregar las ollas de la cocina y dejarlas lustrosas”. El oro lo iban guardando y lo pesaban en una balanza. A un lado ponían el metal y en su extremo el castellano que correspondía a la medida de una moneda antigua de 20 centavos, hasta que la pesa se nivelase. De igual manera, utilizaban una moneda de 50 centavos para medir un y medio castellano. Un tomín equivalía a tres gramos de oro, igual que el peso del grano de maíz chocoano; ocho tomines a un castellano, y cuatro a medio castellano. Sin embargo, también utilizaban otros sistemas de pesaje, como “pesitas”, o tres palos de fósforos para completar un gramo en uno de los niveles de la balanza.

Actualmente están radicados en Soacha cinco de sus hijos. Los tres hombres mayores son maestros de la escuela, la mujer se encarga del restaurante de la misma y el menor se dedica a estudiar en un colegio nocturno (6, 7, 8, 9 y 10).

Después de esta breve sinopsis en el Chocó sobre la vida de las señoras Candelaria y Lucela, paso a referirme a los hechos que las motivaron a desplazarse hacia Bogotá, seguidas por algunos de sus parientes.

Noción de destierro

Alfredo Molano prefiere hablar de destierro en lugar de desplazamiento, debido a que este último denota el hecho de cambiar de lugar casi por voluntad propia, mientras que el destierro es “como lo sabe y lo grita el que lo vive, un «desentierre», un brutal corte de raíz que se hunde en el pasado y que dice quién se es, para dónde se mira y hacia donde se va” (Molano 2002: 17). Retomo esa visión conceptual, debido a la dimensión cultural que tiene la expropiación territorial de la cual han sido objetivo las comunidades afrocolombianas.

La Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento (CODHES) en un informe sobre el desplazamiento en el Chocó, sostiene que este departamento atraviesa una “crisis humanitaria” de niveles alarmantes, debido principalmente a los bloqueos, confinamientos, amenazas y atentados contra la población civil; además de la impunidad, la desatención estatal, la dificultad de recibir ayuda humanitaria y el

⁴ Mezcla de polvo de oro y partículas de óxido de hierro (Friedemann 1974: 13).

creciente deterioro del nivel de vida de su gente. El Chocó es la zona del país con el menor desarrollo y mayores índices de pobreza, los cuales también figuran en las estadísticas más bajas del mundo. Las cifras del Índice de Desarrollo Humano (IDH) son preocupantes: longevidad, nivel educativo y nivel de vida de acuerdo a los ingresos *per cápita* figuran en las escalas más bajas en el ámbito nacional. Este departamento se ha caracterizado históricamente por la exclusión económica, política, social y cultural, además de haberse constituido en uno de los principales escenarios de la guerra en Colombia. El CODHES relaciona los siguientes factores como generadores de desplazamiento forzado y que han convertido al Chocó en uno de los principales escenarios de la guerra y el control territorial en el país:

“Zonas de expansión del capital nacional y multinacional, cultivo o comercialización de drogas, armas o contrabando y territorios con presencia de recursos naturales y biodiversidad. En este sentido, las diversas riquezas de esta región convierten al Chocó en una zona de intensa disputa en tanto corredores de tránsito de armas, drogas ilícitas, zonas de retaguardia y áreas de inversión relacionadas con megaproyectos” (CODHES 2004: 32).

La conjunción de esos factores, ha incidido en que durante los últimos diez años el crecimiento de la población desterrada represente unas cifras escalofriantes en las estadísticas nacionales. Según el Comité de Estados Unidos para los Refugiados (USCR), Colombia es el segundo país del mundo con la población más alta de desplazados internos después de Sudán (Antón 2004: 49). Sin embargo, no hay cifras que permitan dimensionar los efectos devastadores en la cultura del pueblo afrocolombiano. A partir de 1997 en el Chocó ha escenificado genocidios y masacres tan aterradoras como las de Cararica, Truandó, Juradó, Satinga, Naya, alto Baudó y Bojayá. (Arocha 2003). Al respecto, doña Candelaria comentó que dejó Bagadó para instalarse en Quibdó, “por la violencia a la gente, mataban de tres a cuatro policías y dejaban los cuerpos allí”; nadie los recogía por el temor de verse involucrados y que los autores de los crímenes los acusaran de formar parte del grupo armado contrario. Con respecto a este tipo de violencia y de control social:

“Es inocultable la capacidad genocida de la guerra actual. En el litoral Pacífico, luego de masacrar y asesinar civiles, combatientes de diversas afiliaciones amenazan con castigar a quienes identifiquen y traten de recuperar los cadáveres que flotan en los ríos. Entre practicantes cuyo catolicismo equivale al culto a los antepasados, prohibirles que les canten sus alabaos a los muertos, o les recen su novena, es arrebatárles una

razón fundamental de ser. El etnocidio que las personas en armas están cometiendo tendrá que denunciarse con más frecuencia dentro de los catálogos de violaciones a los derechos humanos. A la alta difusión de estas ignominias, deberán acompañarla comunicados que reiteren la trascendencia de aplicar la Ley 70 en esta coyuntura” (Arocha 2004b: 169-170).

Lo anterior adquiere mayor sentido con los casos que he venido presentando. La situación de doña Candelaria con sus hijos varones amenazados y sujetos a presiones para incorporarse a alguno de los bandos comprometidos en el conflicto, lo cual los obliga a cambiar de lugar, dejando atrás su sistema de vida conocido, por otro completamente inhóspito. Sin embargo, doña Candelaria, durante su permanencia en Soacha, no dejó de extrañar el agua, las playas y la pesca del Chocó. Manifestó su insatisfacción de permanecer durante más tiempo en el reciente lugar de asentamiento de sus hijos, argumentando que había perdido peso, pues la comida que preparaban su hija y nuera no era de su gusto, porque “habían cambiado su forma de cocinar”.

Cabe anotar que estas vivencias sobre la violencia en el litoral Pacífico, son análogas a las de otro grupo de mujeres provenientes de Baraudo (Chocó), ubicadas en el barrio del 20 de Julio del sur de Bogotá, investigado por Martha Abello, quien encontró que:

“El proceso de desplazamiento de las mujeres baraudoseñas comienza cuando son obligadas a salir de los ríos donde vivían y trabajaban la mina, por las presiones que ejercen grupos paramilitares y guerrilleros que llegan a la zona. Emelina [*una de las protagonistas de su etnografía*] recuerda que vivían mucha zozobra, veían pasar por el río lanchas muy grandes llenas de hombres: guerrilla o paramilitares. Por las noches no podían dormir, y ella se asomaba por la ventana y veía las lanchas transitando por el río” (Abello 2002: 53).

El proceso de la inserción urbana de estos afrodescendientes ha sido muy doloroso; han tenido que salir de sus tierras, perdiendo los derechos que legalmente tienen sobre ellas y desde luego, las implicaciones socioeconómicas que el destierro representa. Además de haber perdido el dominio colectivo sobre sus tierras ancestrales, según lo legitima la Ley 70 de 1993 enfrentan retos culturales inimaginados. Los cuales tienen que ver con haber huido del Chocó a causa de la guerra y el etnocidio, para enfrentarse en el nuevo ámbito de los barrios de los Altos de Cazucá con un medio también hostil de enfrentamiento entre grupos armados guerrilleros, paramilitares y de delincuencia común, que se “disputan el sector para manejar centros de logística para todo tipo de operaciones” (Bedoya 2004).

Al igual que en el Chocó, en Soacha también ronda la muerte. Durante mi trabajo de campo eran constantes los relatos sobre asesinatos en el sector. Por nombrar tan sólo un ejemplo, en los días de Semana Santa de 2004, encontraron el cuerpo de un adolescente casi al frente de la vivienda de la hija de doña Lucela en el barrio Luis Carlos Galán, al cual le habían extraído el corazón luego de quitarle la vida a garrotazos. Con justa razón, doña Lucela enfatizó en que ellos no salían de sus viviendas después de las siete de la noche. Incluso estando dentro de la casa, el temor era constante, pues acostumbran a tirarles piedras en el techo y en la puerta. Y en otra ocasión los vecinos, quienes los acusaban de “negros sucios”, desviaron el desagüe de su letrina para que los excrementos quedaran frente a la casa de ella. El que estos hechos tengan un trasfondo racial parece tan evidente como la zozobra permanente sobre la vida de sus hijos y nietos.

La población joven es quizás la más vulnerable, víctima de las incursiones de estos grupos delincuenciales y también potencial adepta para engrosar sus filas. Los niños salen de sus casas y pueden regresar a los tres o cuatro días “estrenando zapatillas”, dejando entrever todas las dudas posibles a cerca de su procedencia. Doña Candelaria viajó al Chocó con su nieto de nueve años, porque se iba días y noches “a dormir en el monte”, desconociendo por completo sus actividades y compañías. Ella misma, comentó la enorme preocupación por las “amistades” de su hijo menor de 18 años, quien a pesar de estar adelantando sus estudios básicos en un colegio nocturno del barrio Quintanares, temía que se “metiera en bandas”, pues: “anda con la cabeza *como un ovejo*: se pone balaca y arete, y se va de rumba”. Algo similar sucede con los nietos de doña Lucela; los dos mayores esperan a que sus padres y hermanos menores se duerman y optan por escaparse al barrio Tres Esquinas buscando algún bailadero. Además del consumo de licor y el peligro de estar fuera de la casa en la noche, la joven incursiona en la prostitución y el muchacho en actos delictivos.

Con respecto a la pregunta sobre un posible retorno al Chocó, doña Lucela responde: “No. Está muy malo por allá”. Añade que si existiesen garantías del Estado para instalarse de nuevo, lo reconsideraría, pero viendo las condiciones actuales prefiere quedarse en Soacha. Además, es preciso recordar que actualmente ella y su esposo son propietarios de la vivienda que ocupan. El incremento de sus respectivos hijos desplazándose hacia Bogotá en búsqueda del mejoramiento económico, y desde luego para salvar sus vidas. También su avanzada edad y los percances de salud, pues manifiestan que tienen graves problemas oculares. A doña Lucela la han atropellado dos veces en los últimos tres años, la primera vez ocurrió cuando un bus dando reversa le fracturó una pierna. La indemnización que recibió la invirtió en parte

de la construcción de su casa. La última vez, fue en mayo de 2004, el accidente fue menos grave, y de acuerdo con su narración, ella no se percató de la presencia del vehículo que la golpeó, lesionándole de nuevo la misma extremidad.

En cuanto a doña Candelaria, quien regresó a Quibdó, quizás ya logró montar la fritanguería y venta de gaseosas en Quibdó, que desde hace tiempo ha venido planeando. Debido a que dispone de la infraestructura necesaria y considera que este negocio le permitiría “no matarse tanto en el campo”. A diferencia de doña Lucela, ella decía con frecuencia que “allá no hay trabajo, pero con los ojos cerrados me voy para mi tierra”. Sueña con el regreso de sus hijos al litoral; “que vayan a hacer este mismo programa [*el de la escuela que dirige uno de sus hijos mayores*] en Quibdó”.

La situación de destierro que han vivido doña Lucela y la descendencia de doña Candelaria, es compartida con varias familias afrodescendientes que habitan en los Altos de Cazucá. Su nostalgia por las tierras chocoanas, mezclada con la intención de permanecer en donde están, lo cual marca una gran diferencia con el grupo de mujeres estudiado por Abello, quien encontró que las mujeres del 20 de Julio dedican todos sus esfuerzos laborales en el servicio doméstico y resisten ultrajes y discriminaciones por parte de sus patrones con el fin de recolectar dinero y poder comprar electrodomésticos, vestuario y alimentos para enviarlos cada año a sus parientes en el Chocó.

Destierro paulatino

Repasando las trayectorias de vida de las señoras Lucela y Candelaria, es impensable considerarlas como personas habituadas a vivir en un sólo lugar. Durante su juventud y temprana madurez, ambas navegaron el Atrato, instalándose en varios puntos de la geografía del litoral Pacífico, unas veces dedicadas a la minería, otras a la agricultura, mientras encontraban a los hombres que se fueron convirtiendo en sus compañeros y padres de sus hijos. Al volcarse en el pasado, las dos no dejan de sentir nostalgia por el río, los árboles, los cultivos, el clima caliente, los familiares, los compadres y los hijos que no han vuelto a ver. Para doña Lucela es difícil regresar a su tierra; ella piensa que “quizá no verá más a sus hijos, ni podrá cargar a sus últimos nietos”. En su memoria ya se confunden las fechas, los lugares y los nombres precisos de las personas que formaron parte de su vida, porque hace diez años que no va al Chocó. Para reconstruir el relato que aparece aquí, en repetidas ocasiones debió preguntarle a su esposo don Manuel o a su hija, ya que su memoria le era infiel en acontecimientos lejanos. Tampoco las dos mujeres pudieron desligarse de comparar los ámbitos chocoanos y el bogotano. Sin embargo, las historias se distancian en detalles que vale la pena ahondar a continuación.

Doña Lucela, su hijo, su hija y esposo y don Manuel (Véase cuadro de descendencia 1, números 3 y 4) salieron del Chocó en 1995. La pareja de Lucela y Manuel, hasta ahora tiene una propiedad ubicada en el barrio El Arroyo de Soacha. Cuando deambularon por el Britalia, el Class Roma y Usme vivieron en “casas ajenas” y entonces soñaban con tener una “casita propia”. Ella se dedicó a “pelar gallinas” por encargo y a lavar ropa; se hizo conocer en los barrios y logró que los vecinos la llamaran para desempeñar esos oficios. Don Manuel trabajó en construcción.

Hoy viven en Soacha dos de sus hijos con sus descendencias y compañeros. Sin embargo, comenta que muchos de sus parientes se encuentran instalados en Bogotá. Durante mis visitas, falleció “de vieja” una tía de doña Lucela en otro barrio de Cazucá. La enterraron el 18 de abril de 2004 en Bogotá, pues no tuvieron medios económicos para enviarla al Chocó. Al respecto ella dijo con tristeza: “No le hicieron nada, la enterraron como a un perro, la metieron con su mejor vestido en un cajón”. En este momento ella recordó la movilización de la comunidad en Chocó, cuando alguna persona moría y que una de las condiciones para una “buena muerte, es la presencia del mayor número posible de personas” (Serrano 1998: 254). Dentro de las adaptaciones socioculturales al espacio metropolitano y su periferia, familias como la de doña Lucela hicieron el tránsito de ser agricultores y mineros independientes en Chocó a depender de otras personas, y en muchas situaciones de lo que les regala la gente en las calles bogotanas. Han tenido que valerse de recursos como la avanzada edad que tienen para despertar la conmiseración de los demás, recorrer a pie la ciudad por no disponer del valor del pasaje de bus, recoger alimentos tirados en las basuras de la galería de Paloquemao, recibir toda suerte de donaciones desde una libra de arroz y ropa usada hasta los mercados que en diciembre, la policía y los sacerdotes católicos van a repartir a los barrios de los Altos de Cazucá, a quienes por suerte tomen una ficha numerada para reclamar una bolsa con aceite, lentejas, arroz, sardinas enlatadas, azúcar, café y sal.

El caso de doña Candelaria es bien distinto. Ella vive entre Quibdó y “La Amistad”. En diciembre de 2003 llegó de visita a Soacha, motivada por ver a sus cinco hijos, a sus nietos y para someterse a la cirugía de un lipoma que le salió en el brazo derecho, a causa del golpe que se dio en su tiempo de minera con un tronco, mientras lavaba oro con su batea. Durante esta visita permaneció en la casa de una hija en el barrio Luis Carlos Galán II etapa. Subía la loma hacia la escuela varias veces durante el día, pues “como no se puede estar quieta” se ofreció para colaborar en la preparación del refrigerio y del almuerzo de los niños, y así lo hizo. El esfuerzo físico y el frío la afectaron aún más en las dolencias que ya traía; por ello, otro de sus hijos decidió llevársela a su casa ubicada más abajo en el barrio El Arroyo, buscando su

tranquilidad mientras esperaba la cita para la cirugía. También compartió esa vivienda con su nieto, con quien viajaría a Quibdó cinco meses después de su llegada, luego de la intervención quirúrgica exitosa y que entre sus hijos le reunieran el dinero de los pasajes y unos \$200.000 más que necesitaba para cancelar la deuda que dejó de un negocio fallido que tenía pendiente en Quibdó.

Recuerda cómo se fueron desterrando la mitad de sus hijos. Quibdó era escenario del fuego cruzado entre los actores armados; tanto los unos como los otros reclutaban y entrenaban a los hombres jóvenes. Al igual que ocurre en el resto del país, quienes no se vinculaban entraban en sospecha; sí se inscribían en un bando resultarían amenazados por el otro. En efecto, el peligro comenzó a rondar a su familia, sus dos hijos mayores fueron los primeros en abandonar las tierras chocoanas. A uno de ellos lo acusaron de entrenar a los jóvenes que asistían a la escuela de fútbol que dirigía y cuando la situación se tornó insostenible, tomó la decisión de iniciar otra etapa en su vida acompañado de su hermano mayor. Luego otro de sus hijos optó por seguir el camino de desplazamiento inminente hacia la capital que ya habían tomado sus hermanos. Coincidió con la idea de dos de las hijas de doña Candelaria de viajar a Barranquilla a visitar a una prima materna y a “conseguir marido”. El menor se quedó en Quibdó, pero al poco tiempo también emprendió viaje. Uno de sus hijos mayores, al llegar a Bogotá trabajó “pegando ladrillos, atendiendo en una ferretería, mezclando cócteles en un bar y dictando clases en colegios, hasta que se aburría y decidió montar su propia escuela” (Información sobre Soacha 2004).

La vida en Soacha

Según el censo del Dane de 1993, la llegada de personas en situación de desplazamiento al municipio de Soacha se debe a su ubicación en la zona urbana de influencia del Distrito de Bogotá. Soacha es considerada como la primera ciudad industrial del departamento de Cundinamarca y la cuarta del país⁵. En algunos barrios de Cazucá como El Arroyo, Luis Carlos Galán, El Oasis, Caracolí y Los Robles, se han establecido familias afrodescendientes desterradas casi todas provenientes del Litoral Pacífico⁶.

⁵ Su jurisdicción municipal es de 182 km², de piso térmico frío, y se encuentra regada por el río Bogotá. En la agricultura sobresalen los sembrados de trigo, cebada y papa; posee una ganadería de selección y se explotan materiales calcáreos y minas de carbón. A este municipio y a la localidad bogotana de Ciudad Bolívar, pertenecen los 32 barrios que conforman el sector de Altos de Cazucá, conocido como el “pueblo del destierro” (En: www.colombiauniversal.com/municipios).

⁶ En 1999, la Asociación de afrocolombianos desplazados (AFRODES) con el apoyo de otras instituciones encontró que la mayoría de sus 102 familias afiliadas provenían del litoral Pacífico colombiano, principalmente del Chocó.

Ahora bien, para llegar a estos barrios se toma un colectivo en el punto de Quintanares sobre la Autopista Sur, el cual puede tener el destino de Villa Andrea, El Arroyo o Tres Esquinas. El viaje dura unos quince minutos, cuando el paisaje va transformándose. En la parte plana están ubicados el comercio y varios conjuntos residenciales cerrados. A medida que el vehículo asciende la cuesta la carretera pavimentada, se angosta y acaba, de modo que por el camino el tránsito es difícil, en especial por la lluvia. Inclusive es posible que no haya ascenso por carro. Aparecen las viviendas y ranchos, algunos techos son de teja de zinc, o de cartón sostenidos por ladrillos y piedras. Las paredes son de ladrillo, cartón y plástico. En algunos sectores hay casas prefabricadas, y proliferan las viviendas pequeñas. Aunque las estadísticas del Censo Experimental del Dane (2003) refieren un promedio de 3.7 personas por cada vivienda, la realidad es distinta, porque incluyen una o más familias completas por casa.

En cuanto a los servicios públicos, la energía eléctrica es abastecida por la empresa Codensa, la cual ha instalado en cada casa un contador; aunque al parecer existe una tarifa única de unos \$2.500 mensuales. Sin embargo, en su mayoría el cableado es de contrabando. Codensa prohíbe que utilicen estufa eléctrica, y en caso de comprobarlo suspende el servicio. De ahí que se prefiera el uso de estufas de gasolina o de gas. El cilindro que cuesta \$21.000, a doña Lucela le alcanza para dos meses.

El acueducto es el más deplorable de los servicios públicos. El agua es traída desde unos tanques localizados más arriba en la montaña de Santo Domingo, por mangueras amarradas con cintas o cabuyas. Van por el suelo en las calles o sostenidas por postes en el aire y se incrustan por recovecos hasta cada lugar de habitación. Los fontaneros se valen de un palo para abrir los registros que conectan las mangueras ya sea cada doce o veintinueve días, dependiendo del sector. El agua puede seguir llegando entre uno y tres días. La almacenan en unos tanques de 500 litros que donó la organización internacional Médicos sin Fronteras⁷, a cambio de tomar el curso de enseñanza para su manejo y de cancelar \$10.000. Por supuesto, las familias que no pagaron o no tomaron el adiestramiento no poseen ese tanque de almacenamiento. Los moradores de Cazucá se ingenian estrategias para recoger el líquido en baldes, ollas o cuanto recipiente tengan a mano.

Doña Lucela lava la ropa cada quince días y una de sus hijas va a su casa para realizar la misma actividad. De las viviendas que visité, la de doña Lucela y don

⁷ Esta organización internacional, se vinculó en 1999 a los Altos de Cazucá, a través del Proyecto de agua y atención sanitaria a desplazados y población vulnerable de Soacha (MSF. 44. Octubre 2001. Disponible en: www.msf.es).

Manuel es la mejor habilitada. Ellos consideran que: “El Arroyo es un lugar muy movido, porque está la escuela, se ve la presencia del trabajo de los líderes comunitarios y la Iglesia”. También se encuentra cerca de un paradero de transporte público y de la parte comercial del sector, con tiendas, panaderías, cantinas y zapatería.

La casa es de ladrillo, techo de zinc y puerta metálica, sin ventanas. El primer ambiente consiste en la sala amoblada con un viejo sillón y unos asientos. En la pared reposan afiches del Corazón de Jesús, de los protagonistas de la telenovela “Pasión de Gavilanes”, un almanaque y un arreglo de flores artificiales. Las primeras veces que los visité, doña Lucela tenía allí su cocina, acomodada en una mesa hacia el fondo. A ella le daba pena que la vieran desde la calle dedicada a preparar la comida y optaba por cerrar la puerta. En las últimas visitas entre su esposo y dos parientes más le levantaron el mesón de cemento en el cubículo destinado para la cocina. La demora consistió en conseguir los \$30.000 del bulto de cemento. Ella sufría mucho por tener sus alimentos al nivel del suelo, porque de noche entran “las ratas y se comen todo, hasta los envases plásticos de aceite”. Al frente de la sala, están los dos dormitorios. El primero está destinado a los hijos de alguno de los dos cuando van de visita y el otro es para la pareja.

Últimamente adornaron los cuartos con dos cortinas de tela verde a manera de puertas. En el de ella tiene una cama semidoble con las cobijas gruesas que le han regalado, perfectas para el frío constante de las noches. También tiene una máquina de coser desvencijada, una mesita de noche para colocar el cenicero de sus *pielroja* sin filtro, dos armarios de madera repletos de la ropa que ha conseguido y el televisor que permanece encendido todo el día. A doña Lucela le gusta que su casa “huela rico”, con eso cuando tiene \$1000 de excedente para completar el almuerzo, compra un frasquito de algún desinfectante y limpiador, para echarlo atomizado con agua en el piso de su casa.

En la parte de atrás tiene un patio a cielo abierto, donde están el baño, el lavadero, los tendederos de ropa, el tanque para el agua con el letrero de Médicos sin Fronteras, otros tanques pequeños, ollas con agua, cacharros y una huerta. Este cultivo lo tiene en el suelo con papa, ajo, paico para las lombrices, llantén para la vista y la hierba de carpintero para tender “trampas de enamoramiento” (Antón 2003:81). Con el tiempo espera que don Manuel le arregle su huerta y así poder sembrar verduras y plantas para darle a sus nietos cuando se enferman. Esta “tierrita” como ella dice le sirve de *zotea* como las que tuvo en el Chocó. Ella recordó que los hombres se encargan de construir la *zotea* y las mujeres de cuidarla. Los sembradíos varían entre alimenticios, medicinales, para riego y para tener bebedizos “si alguien se

enferma”, entre otros usos. La cantidad de especies sembradas variaba “en la medida en que se quisiera y se pudiera”, según las palabras de doña Lucela. También siembran plantas de remedio como toronjil, menta, yerbabuena y paico para las lombrices y las plantas para untarle al niño cuando se le cae el ombligo. Recordó sus cultivos con nostalgia y comentó que para construir una zotea en su casa de El Arroyo necesitaría conseguir una tabla que allí es imposible de adquirir. Sin embargo, ella ha acondicionado un pequeño cultivo en el suelo del patio, porque “aquí no hay cómo hacerla”. En este punto es claro considerar que las mujeres quisieran tener sus cultivos adaptados al nuevo ámbito urbano, lo cual les proporcionaría un gran apoyo alimentario, sobretodo ante la carencia económica y los límites para acceder a estos productos.

Con respecto a la población infantil, cabe anotar que los niños que asisten a la escuela, a lo sumo llegan hasta sexto grado y en condiciones precarias de educación. Es común encontrar a muchachos de bachillerato haciendo el papel de profesores temporales, mientras cumplen los requisitos que les exigen sus respectivos planteles educativos para graduarse. Esta situación, por supuesto, impide cualquier continuidad en el cubrimiento de los Planes Educativos Instituciones y el aprendizaje de los estudiantes. Por otro lado, la precariedad económica de los padres es un factor determinante para la asistencia regular a la escuela y la adquisición de los materiales escolares. Además, las escuelas funcionan sin una infraestructura adecuada, es decir sin pupitres, ni tableros, ni bibliotecas. Los niños reciben las clases hacinados en pequeños salones, a veces mezclados por grados, debido a la falta de instalaciones adecuadas. Es pertinente considerar que algunas de estas escuelas son fundadas por iniciativas particulares de personas que no han cursado los estudios necesarios para desempeñarse como docentes y que subsisten gracias a donaciones de organizaciones no gubernamentales internacionales que se encargan de asistir la seguridad alimentaria. Por lo cual, se convierten en una alternativa laboral digna frente al destierro. A cerca de este asunto Carmen Vásquez plantea: “este tipo de escuelas, ya que hay varias en el sector, funcionan sin el reconocimiento de la Secretaria de Educación y son básicamente instituciones sin ánimo de lucro donde niños y niñas desterrados reciben educación y alimentación casi gratuita” (Vásquez 2005: 40).

Con respecto a las donaciones, Mariella Pandolfi sostiene que alrededor de las “ayudas humanitarias” existe una industria que no es preventiva sino que requiere de momentos de crisis como catástrofes, genocidios, violencia y guerra. Esta industria moviliza por un lado a países ricos y por otro a unos ciudadanos invisibles que resultan beneficiarios y dependientes de los insumos que reciben. Pandolfi denomina a esta situación “cultura de la urgencia”, que requiere de intervenciones rápidas y eficientes:

“La urgencia es un llamado social a la acción inmediata que supone una renegociación colectiva de la programación de la injerencia entre los actores sociales involucrados y las agencias internacionales” (Pandolfi 2000: 65). Lo cual quiere decir que las ayudas humanitarias en Soacha entrelazan “la buena y mala fe: la imagen del ciudadano sin Estado que incorpora la mejor sociedad civil posible, es una pantalla que oculta al pedagogo depredador” (Pandolfi 2000: 70).

En cuanto a las mujeres, la mayoría que es productiva económicamente se desempeñan en labores domésticas en Bogotá y casi siempre permanecen internas entre semana, situación que les permite visitar a sus hijos los fines de semana. De este modo, los niños y adolescentes se quedan solos de lunes a sábado, sorteando las dificultades económicas y sociales, mientras crecen y se socializan en la calle con sus homólogos quienes se encuentran en las mismas condiciones.

“Hasta caballo nos toca comer aquí”

Don Manuel y Doña Lucela, recuerdan las extensas y prolíferas colinas del Chocó. Ahora en Soacha, se alimentan en el mejor de los casos con los mercados de los diciembres, los cuales no duran pues son repartidos con los hijos y su extensa prole. Si tienen algo de dinero, cancelan \$1.000 por los “saldos” de menudencias de pollo o de hueso de algún animal cuya especie no logran precisar. En alguna ocasión, cerca del medio día doña Lucela sacó un hueso a punto de putrefacción y le preguntó a su marido, si sabía si se trataba de vaca o caballo. Don Manuel, indignado increpó: “Hasta caballo nos toca comer aquí”. Con ese hueso hicieron el caldo del almuerzo.

El afán diario consiste en levantar la comida, no sólo para ellos sino para su hija y nietos. El día de doña Lucela comienza a las siete de la mañana cuando sale a buscar: “Lo que no encuentro temprano ya no lo encuentro [...] La noche es mala para estar recorriendo el barrio, porque se forman balaceras”. Los nietos con frecuencia pernoctan en su casa, especialmente los más pequeños. En la mañana van varias veces a comentarle que no han desayunado o a preguntarle si ya está listo el almuerzo.

A doña Lucela le gusta fumar “calao”⁸. La cajetilla de *pielroja* sin filtro le dura una semana, dice que fumarlo le da pena a menos que “esté en confianza”. Va a las reuniones que convocan en el barrio, “pensando que algo les puede resultar”. Los domingos asiste a la misa del “curita de San Mateo”. Su mayor entretenimiento es ver televisión, a lo cual se dedica una vez solucionado el problema del almuerzo hasta que el sueño la domina en las noches. Durante el tiempo que la visité, su programa favorito era la novela “Pasión de Gavilanes”, una truculenta historia de amor entre tres

hermanos y tres hermanas, quienes tenían que vencer toda suerte de obstáculos para ver realizados sus sueños, todo esto en un formato *texano-mexicano*, en donde sobresalían ideas como la opulencia económica, el dinero fácil, el pandillismo, la venganza, la desunión y el maltrato familiar⁹.

En cuanto a Doña Candelaria, ella pasó la mayor parte de su permanencia en Soacha en la casa de uno de sus hijos, la cual queda en una pequeña loma empinada. Es de un ambiente para dos camas, una semidoble y otra sencilla. Tienen cacharros, maletas, ropa en estantes, un televisor pequeño y los elementos para cocinar. El piso es de tierra y en algunas partes cubierto por una alfombra. Tiene una ventanita con vista a la calle y un tubo largo fluorescente en el techo de lata, que ilumina el espacio. Esta vivienda es insegura y la han robado varias veces.

Conclusiones

La gente afrocolombiana se moviliza continuamente, como lo evidenciamos con las trayectorias de migración en el litoral de las señoras Candelaria y Lucela, en búsqueda de opciones laborales como la minería y la agricultura a la vez que iban formando sus familias; sin embargo esa migración interna es muy diferente a la que han debido enfrentar desde 1995 a causa de la guerra. Precisamente el creciente número de personas que han tenido que abandonar sus hogares representa una de las facetas más dramáticas de la agudización del conflicto armado en Colombia, lo cual desenlaza en el aumento de la pobreza e indigencia. Este punto se relaciona con las llamadas “ayudas humanitarias”, en la medida en que crean y sostienen la “cultura de la urgencia”, con efectos de doble vía, por un lado solucionan parcialmente algún problema como el almacenamiento del agua o contribuyen con suministros alimenticios a las escuelas y, a la vez, convierte en dependientes de esas ayudas a quienes las reciben.

Los casos que describí sobre las señoras Candelaria y Lucela con sus familias, permiten pensar en la precariedad económica y social de los desterrados en Soacha, tanto afrocolombianos como de otras afiliaciones. Resulta paradójico imaginarse a doña Lucela y don Manuel a su edad y con su estado de salud, huyendo de las piedras que les arrojan niños del sector, almorzando un caldo de hueso de varios días, recogiendo agua en baldes y ollas y husmeando entre las basuras de Paloquemao. Sobre todo después de conocer algo de sus vidas antes de llegar a deambular por los barrios de Bogotá; allá en Chocó, en donde tenían su finca, sus colineras y los cultivos femeninos en las zoteas. Con respecto a la carencia de alimentos, vimos dos casos:

⁸“Fumar calao” o “pucho chupao” en Chocó equivale a tener la candela del cigarrillo dentro de la boca.

⁹ Pasión de gavilanes fue la telenovela más galardonada de la XIII edición de los premios de la revista TV

uno el de la familia de doña Candelaria, en la cual el problema estaba solucionado parcialmente, pues siendo su hijo el director de una escuela del barrio Luis Carlos Galán, recibe donaciones y ayudas estatales e internacionales. Mientras que para doña Lucela y su extensa familia, la consecución del recurso alimenticio se ha convertido en prioridad. Podría decir que viven en función de ello.

Finalmente resalto la importancia de la cotidianidad de la gente en el análisis antropológico. Reconstruir los vínculos sociales que las personas desarrollan con el medio ambiente y la comunidad, posibilita a través de la tradición oral y la memoria un acercamiento a la dimensión cultural que tiene el destierro. Detrás de cada rostro se esconde una historia de guerra, hambre, soledad, lejanía de su tierra y de su gente, muerte y una serie de condiciones insalubres e inhumanas de calidad de vida. Por otro lado, los relatos de trayectorias de vida conducen a comparar las diferentes maneras de vivir el destierro y las estrategias que la gente excluida acondiciona para poder subsistir en ámbitos geopolíticos diferentes al propio.

Bibliografía citada

Abello, Marta Elena. 2003. Boraudo: Una cultura afrochocoana en Bogotá. Bogotá. Monografía de grado. Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.

Antón Sánchez, John. 2004. "La encrucijada afrocolombiana: autonomía y territorio en medio de la guerra y la barbarie". En: *Documentos CODHES*. Consultoría para los Derechos Humanos y el desplazamiento (CODHES) (49-52).

Antón Sánchez, John. 2001. *Entre chinangos. Experiencias de magia y curación entre comunidades negras del Pacífico*. Quibdó: Instituto de investigaciones ambientales del Pacífico.

Arocha, Jaime. 2004 a. "Africanías y determinismo estético en Colombia". En *Dimensiones territoriales de la guerra y la paz en Colombia*. Bogotá: Red de Estudios Sociales. Universidad Nacional de Colombia.

Arocha, Jaime. 2004 b. "Ley 70 de 1993: utopía para afrodescendientes excluidos". En: AROCHA, Jaime compilador. *Utopía para los excluidos. El multiculturalismo en África y América Latina*. Bogotá. Centro de Estudios Sociales. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.

Arocha, Jaime. 2002. "Muntú y Anase amortiguan la diáspora afrocolombiana". Bogotá. En: *Palimpsesto*. Revista de la Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Pp. 92-103.

y Novelas, celebrada el 16 de abril de 2004 en Bogotá. (En: <http://www.cineytele.com/supernoticia.php>).

Bedoya, Jineth. 2004. "El miedo ronda en Cazucá" En: El Tiempo 7 de Marzo de 2004

Censo del DANE de 1993. En: www.dane.org.co (Consultado en julio de 2005).

Friedemann, Nina S. 1974. *Minería, descendencia y orfebrería artesanal. Litoral Pacífico*. Colombia. Bogotá, Ministerio de Gobierno.

Información sobre la telenovela "Pasión de gavilanes". 2004 En: www.cineytele.com/supernoticia.php Consultado el 20 de mayo de 2004.

Información sobre Soacha. En: www.colombiauniversal.com/municipios).

Médicos Sin Fronteras. 2001. Revista 44. Octubre. En: www.msf.es. Consultado el 20 de abril de 2005.

Molano, Alfredo. 2002. "Pero cuanto más los oprimían, ellos crecían y se propagaban más". Bogotá. En: *Palimpsesto*. Revista de la Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Pp. 16-18.

Observatorio CODHES. 2004. "Guerra, desplazamiento y crisis humanitaria en el departamento del Chocó". En: *Documentos CODHES*. Consultoría para los Derechos Humanos y el desplazamiento (CODHES). Pp. 31-47.

Pandolfi, Mariella. 2000. "La industria humanitaria y el supracolonialismo en los Balkanes". Pp. 61-70. En Revista Análisis Político, Iepri, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: N. 41, septiembre-diciembre.

Quintero, Patricia.

2005. "En el nombre del Padre, de la Madre, del Hijo y del Espíritu Santo": dimensión afro de la religiosidad católica bogotana". Tesis de maestría inédita. Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Serrano Amaya, José Fernando. 1998. "Hemo de mori cantando, porque llorando nací. Ritos fúnebres como forma de cimarronaje". En: Geografía Humana de Colombia. Los Afrocolombianos. Tomo IV. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Pp. 243-262.

Urrea, Fernando, Arboleda, Santiago y Arias, Javier. 1999. "Redes familiares entre migrantes de la costa pacífica a Cali". En: Revista colombiana de antropología. Volumen 35, enero-diciembre. Pp. 180-241.

Vásquez, Carmen Cecilia. 2005. "Verás que aquí ellos también son iguales": Las diferentes manifestaciones de la discriminación racial en dos escuelas de Soacha. Bogotá. Monografía de grado. Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.

Referencias del mapa "Trayectorias y lugares de residencia entre dos familias afrochocoanas":

Instituto Geográfico Agustín Codazzi. 1998. Departamentos y municipios: División político administrativa de Colombia, escala 1:1000000

Instituto Geográfico Agustín Codazzi. 1996. Diccionario Geográfico de Colombia en multimedia. CD-Rom. Bogotá, D.C.Colombia.

National Imagery and Mapping Agency – National Geospatial-Intelligence Agency. 2005. Gacetero digital para Colombia. United States of America. Disponible en: <http://gnswww.nga.mil/geonames/GNS/index.jsp> (Consultado el 15 de mayo de 2005).